

Alexis Guardia, *La experiencia democrática chilena: de sus fundamentos y su economía política (1990-2009)*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2015. 233 páginas

Gopal Ezequiel Martínez*

En su último libro, publicado en 2015 por el Fondo de Cultura Económica, el economista Alexis Guardia se propone desde las primeras páginas intervenir en el debate público chileno contemporáneo. En efecto, el autor entiende que la victoria electoral de la Coalición por el Cambio que llevó a Sebastián Piñera a la presidencia en 2010 amerita un análisis crítico de los veinte años de gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia.

¿Qué se planteó como objetivo la Concertación a la salida de la dictadura militar (1973-1990)? ¿Qué límites le impuso la herencia institucional del régimen de Augusto Pinochet? Es indudable que Chile experimentó un importante crecimiento económico desde 1990. Sin embargo, ¿es posible afirmar que el crecimiento del ingreso per cápita equivale a *desarrollo*? El autor sostiene que el proceso de reformas iniciales de la Concertación quedó finalmente estanco y que devino en una aceptación de los ideales neoliberales y en una derechización del partido. El estudio de este movimiento resulta clave para comprender su derrota en 2010.

La experiencia democrática chilena: de sus fundamentos y su economía política (1990-2009) es un notable esfuerzo por intentar responder a esos interrogantes. El libro se divide en dos secciones. A grandes rasgos, podemos decir

* Profesor de Enseñanza Media y Superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. ✉ gopalemartinez@gmail.com

que los cuatro capítulos de la primera parte están dedicados a analizar la tensa relación entre democracia y mercado. Comenzando por John Locke y Adam Smith y pasando por Friedrich Hayek y John Rawls, el autor sobrevuela los debates del pensamiento económico en torno al vínculo entre liberalismo y neoliberalismo. Este último (la “revolución de los ricos”) es visto como algo más que la radicalización del primero. Trae consigo elementos novedosos: la idea del mercado como religión, la despolitización de la ciudadanía y la noción del Estado como ente subsidiario del sector privado.

La primera parte, centrada en asuntos de índole teórica, puede no resultar de fácil lectura para el público no especializado dada la complejidad de los debates que aborda. De todas maneras, se valora el intento de Guardia por simplificar en la medida de lo posible los argumentos de los pensadores expuestos y las distintas tesis que toma en cuenta. Esta sección puede ser útil para el lector que quiera una introducción a los principales exponentes del liberalismo y del neoliberalismo, así como a una forma de estudiarlos críticamente.

Guardia utiliza los cinco capítulos de la segunda sección, titulada “La democratización del sistema político chileno y limitaciones de su economía política”, para indagar en los gobiernos de la Concertación centrándose en dos ejes de análisis: los condicionantes que le impusieron los remanentes institucionales de la dictadura, y la convivencia del crecimiento económico con la desigualdad.

La argumentación de Guardia se apoya en libros y artículos académicos sobre economía y política educativa, pero también se beneficia del uso de datos y cifras extraídas de informes hechos por universidades, organismos estatales chilenos o entes como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Cabe destacar que hay un manejo cuidadoso de las fuentes. Por ejemplo, el autor advierte que las encuestas Casen, al utilizarse para calcular la distribución de la renta, arrojan un resultado parcial que subestima el porcentaje que corresponde a los sectores más altos de la sociedad, por lo que se hace necesario complementarlas con otras fuentes.

Guardia destaca la importancia de la Constitución de corte neoliberal de 1980 y del sistema electoral binominal (que atenta contra la representación de las minorías y permite que una coalición que solo obtenga un tercio de los votos controle la mitad del Parlamento), ambos hijos de la dictadura de Pinochet. Ellos ocupan un lugar clave en su argumentación en la medida en que le permiten explicar la persistencia de la desigualdad —la estructura legal chilena limita las negociaciones laborales colectivas y el derecho a huelga, cercenando las posibilidades de los trabajadores de mejorar su participación del ingreso nacional— y la pérdida de legitimidad de los partidos políticos, pues la poca competitividad en

su interior los lleva a una tendencia a la oligarquización. Es en este contexto que la Concertación se propone como objetivo inicial democratizar la sociedad y reducir los elevados niveles de pobreza vía gasto social apoyándose en los ingresos derivados de la renta minera. Cabe notar que en su explicación, el entramado institucional opera por momentos como una fuerza viviente que impide su propia reforma. En este sentido, el libro se hubiera beneficiado de un análisis más profundo de las fuerzas opositoras a los gobiernos concertacionistas que impedían la concreción de las reformas, así como de sus respectivos apoyos sociales. Por otro lado, Guardia menciona que en sus inicios era inviable para el gobierno apoyarse en la movilización social para realizar estos cambios, puesto que hubiera significado una excusa para que los militares permanecieran en el poder. Sin embargo, esto abre un interrogante que el libro no retoma: ¿por qué no se recostó sobre la movilización popular después, cuando el peligro de una restauración militar ya había desaparecido? A la luz de las protestas de 2019, esta pregunta resulta aún más interesante.

La experiencia democrática chilena es un libro que está marcado por la huella de la movilización estudiantil de 2011. El sistema educativo chileno y la exclusión que genera son constantemente mencionados a lo largo de la obra. Esta problemática recibe un tratamiento satisfactorio en el capítulo dedicado a ella, mostrando sus antecedentes, la progresiva privatización de la educación, la adopción de una perspectiva que la entiende como una mercancía y no como un derecho y los orígenes del malestar social que culminó en las protestas de 2011. La importancia que tienen estas cuestiones para Guardia se refleja en el hecho de que es uno de los pocos momentos en los que éste se permite ir más allá del análisis crítico y propone explícitamente un camino a seguir en pos de mejorar la situación actual. Así, se sugiere declarar la gratuidad de la educación superior (algo que el Congreso aprobó en 2018, tres años luego de publicado este libro) y adoptar medidas tales como la implementación de programas de capacitación docente a escala nacional y la subvención a instituciones privadas, en tanto asuman el desafío de mejorar su nivel educativo.

Guardia concluye que las instituciones sociopolíticas chilenas, caracterizadas por una rigidez que bloquea los intentos reformistas de la Concertación, han sido funcionales a la profundización de las desigualdades sociales del país. Estas instituciones son neoliberales en el sentido de que privilegian la libertad de mercado como valor fundamental. Al no estar regulado, el mercado termina por generar una importante concentración de la riqueza al mismo tiempo que deja inalterada la distribución desigual del ingreso. El autor remarca que las tensiones entre democracia y mercado aumentarán en la medida en que, favorecidos por esa

concentración, los poderes económicos tengan una capacidad de influencia cada vez mayor sobre la democracia.

En cuanto a la articulación entre los contenidos de ambas partes del libro, podemos decir que varios de los puntos que se marcan en la primera sección son retomados luego, como el hecho de que el neoliberalismo imagina un mercado de competencia perfecta que en la práctica no existe o la inequidad como factor disgregador de la democracia, cuestiones que el autor observa con suma claridad al estudiar el modelo educativo chileno. En cambio, la segunda parte no desarrolla uno de sus postulados más interesantes, aquél en que afirma que el mercado debe ser concebido como un instrumento orientado hacia el desarrollo de la economía mientras que la democracia (y en esta instancia es deudor del pensamiento del filósofo y politólogo Norberto Bobbio) tiene que entenderse como un fin en sí mismo en tanto es portadora de valores que pueden ser juzgados como positivos. Asimismo, la segunda sección se hubiera beneficiado de un análisis que mostrara cómo fue que el pensamiento neoliberal, cuyos principios fueron expuestos en la primera parte, arraigó en la clase política chilena, qué partidos se sienten más identificados con él y hasta qué punto la sociedad civil también lo ha asimilado.

En suma, *La experiencia democrática chilena* tiene ciertos tropiezos a la hora de cumplir con uno de sus objetivos iniciales, que es explicar por qué la Concertación termina conformándose con una democratización “incompleta”. El argumento de que dicha conformidad se debió a las buenas expectativas económicas (el “efecto túnel”) no resulta del todo satisfactorio, puesto que queda pendiente un estudio de las fuerzas políticas que se oponían a la democratización “completa”, es decir, una indagación en torno a quienes no querían modificar la Constitución pinochetista. Quizás la idea más interesante desarrollada por Guardia es la siguiente: el crecimiento económico puede darse sin que por ello un país se desarrolle, entendiéndose por esto que mejoren las proporciones de distribución del ingreso y que se inserte en el mercado internacional a través de la industria del conocimiento y no solo como un exportador de materias primas. En definitiva, el libro funciona como una valiosa lectura sobre la desigualdad y sus causas estructurales, tanto en el plano jurídico-institucional como en el de la estructura productiva, un problema que no es exclusivo de Chile, sino que afecta a toda la región. Es por esto que puede contribuir a pensar la realidad latinoamericana actual y, especialmente, el ciclo de protestas de Chile iniciado en 2019.